

¡Desde aquella fecha, un tercio
De siglo ha pasado ya,
Y aún conservo en la memoria,
No lo olvidaré jamás,
Aquel trago de agua fresca
Del botijo de Pilar...
La bella *samaritana*
Del camino de Alcalá!

DON EDUARDO MARQUINA

Del libro LAS VENDIMIAS

LAS SIETE PALABRAS DEL POETA

Me has dado pena, humanidad, que gritas
En torno del Lagar, como si el vino
No se hubiera de hacer: no estás segura
De los misterios naturales.—Pobre!
Tienes señales de hambre y te impacientas
Delante de los hornos donde cuece
El pan con levadura de mañana.
Yo te quiero tener —hermana mía,
Madre mía y amada de mi espíritu—
Pendiente de mis labios y á tu pecho
Llevar la confianza, que protege
La vida de los niños.—

Vuelve y mira
En derredor de tí; fuera del hombre,
Toda cosa en el mundo es infalible.
Encerrados en medio de los montes
Que dan seguridad, los campos hacen
Su alternativo cambio de cosechas

Sin rendirse jamás; las selvas, quietas
En apariencia, lentamente siguen
Su crecimiento solapado; el río
Constantemente baja de los montes
Y penetra en el mar constantemente;
El mar, solemne y triste, no se cansa
De arrojar, cada vez, sobre las playas
Los cadáveres blancos de sus olas;
Y el sol, eterno amigo de los hombres,
Sale cada mañana; y cada tarde
Deja su reino espléndido á la luna,
Cuya luz sólo goza el que la busca.—

Todo está ya anunciado: el Universo
Hace un solemne ruido de colmena
Donde la miel del porvenir preparan
Las doradas abejas de las cosas:
Todo está ya previsto: el Universo
Pone miedo en el alma, porque tiene
El fermentar fatal y acompasado
De un inmenso Lagar no abierto nunca!

Aprended, pues, en el Lagar pequeño
La doctrina sin ley que os hará dueños
Del inmenso Lagar!

I

Tened *Paciencia*.

¡Santa, impasible, bienhadada, pura
Y serena Paciencia! Eres el rostro
De una vida perfecta; luz de luna
Lo tranquilizas todo en nuestro espíritu.—

Inmensa nave azul de velas blancas
No necesitas para andar, del hábil
Esfuerzo del remero fatigado.—
Tu movimiento es insensible: siempre
Te guarda el cielo un viento de bonanza
Que te empuja sin ruido mar adentro.
Abrigas nuestras almas, con tu blando
Vellón de resignado corderillo,
Cuando nos cerca el desengaño ¡oh Buena!
Tú eres la mano que prepara el campo
Donde, al pasar, los pájaros felices,
Han de dejar caer semillas de oro.
Tú modelas el vaso del espíritu
En los inviernos de escasez y aguardas
Con ojos de alegría la cosecha
Una vez y otra vez... Paciencia heroica!
¡Baja como una lluvia á mis entrañas,
Y hazlas amigas de las cosas: háblame
Desde todos los sitios; que tu música
Me dé alegría en las heladas rocas
Y en las tibias llanuras de los campos:
Enséñame á encontrarme venturoso
Y en posesión de mí por todas partes—
Pon tu mano de lirio en la agitada
Confusión de mi pecho y haz que rimen
Sus bárbaros latidos con el blando
Golpear de las olas en las playas
Y con el curso de los astros buenos
En los cielos!

II

Amad la *Fortaleza*.

Todo, á su tiempo, es fruta que merece
Caer en vuestras manos: sed heroicos,
Sed fuertes y extended sin miramientos
El poderoso brazo, cuando el árbol
Os tiente con la pompa de sus ramas!
Dad cumplimiento á todos los deseos
Que, como el agua de la fuente, brotan
Sin presión exterior, de vuestras almas.
Tened seguridad en vuestros pasos
Y proteged los muros que os cobijan
Cuando dormís, sin derramar la sangre
De vuestros compañeros: sed más fuertes
Que los que matan y los que despojan.
Vosotros — sin dañar al enemigo —
Tendréis la *Fortaleza* del espíritu
Que impone admiración: no es necesario
Matar para triunfar, que todos vivan,
Que amen y luchen y se muevan todos:
En medio de las luchas, por encima
De las agudas rocas que amenazan
Levantará, como una flor, su frente,
Vuestra admirable *Fortaleza*: hacéos
Grandes, amigos, sin hacer pequeños
Á todos los demás!

III

Tened *Constancia!*

Constancia hasta el final! mayor constancia
En volver á empezar, cuando las cosas
Nos han dado sus frutos.—Sed complejos
Dentro de vuestro ser: hacéos siempre
Protectores de huérfanas ideas
Y padres de atrevidos pensamientos!
No busquéis tregua al producir: debajo
De cada nueva idea que florezca
Como una rosa en vuestras obras grandes,
Presiéntase el hervor de nuevos gérmenes
Que acaban de estallar: cuando las hojas,
En el gran desamparo del otoño,
Se caigan de las ramas, haced vida
En lo interior de los dormidos troncos.
Cuando os falte la diestra, hacéos fuertes
Trasladando la azada á la siniestra;
Cuando arrojéis, para sembrar, el trigo
Llenad de aire y de luz vuestros graneros
Y aprovecháos de la luz y el aire;
Cuando os falte un amor, que vuestra madre
Cierre los ojos y en mitad del mundo
Quedéis desamparados, como un árbol
En medio de una selva destruída,
Buscad un nuevo amor y á vuestros labios
Acudan con su música tranquila
Aires de epitalamio: sed fastuosos
De simpatías: ricos de deseos,

Inagotables de esperanzas: todas
Las cosas hallen sitio en vuestras almas
Donde colgar su nido: el Universo
Rendido, tembloroso, á vuestras órdenes,
Envía, sin cesar, palomas blancas
Portadoras de olivo, á la flotante
Arca de vuestro espíritu; no os canse
La larga travesía, vendrán tiempos
En que bajen las aguas y los montes
Solemnemente muestren sus cabezas
Coronadas de sol en torno vuestro,
Y aparezcan los prados y los ríos
Rimen con su armonía el sentimiento
Pacífico y alegre de los campos;
Vendrán tiempos de dicha y es preciso
Que entonces vuestro espíritu, se asiente,
Por encima de todo; no déis tregua
Al fatigoso trabajar; guardáos
De abandonar el arca salvadora
Antes de que las aguas se apacigüen
Y sonría la tierra humedecida:
¡Constancia hasta el final!

IV

Y vuestras bocas
Amen la *Afirmación*: Todo es posible!
Cuando Arón las golpea, hasta las piedras
Se deshacen en agua.—Tiempos hubo
De sequedad y de egoísmo estéril
En las entrañas de los hombres todos,

Y, al hablar de Jesús, corrieron lágrimas
Sobre rostros judíos.—La existencia
Es como hierro por forjar, que espera
La segura presión de vuestras manos!
¡Como una aurora echad sobre la tierra
Vuestra gloriosa afirmación! Las cosas
Se harán esclavas vuestras: afirmadlas
Imperativamente y á puñados
Las flores surgirán y como un árbol
Nuestras afirmaciones darán fruto!
Si la aceptáis, la Tierra tendrá brazos
Y se hará vuestra esposa: vedla! amadla!
—La baña el Sol; los mares la desean
Y la acaricia el viento—porque todo
Es en ella Verdad!

V

¡Cantad las glorias
De la *Serenidad*, constantemente!
—Hay un lugar para vosotros solos
Colocado en el mundo: hacéos dueños
De ese lugar pacífico y viviendo
Descansaréis en paz.—Ninguno puede
Turbar vuestro reposo: allí las flores,
Las hierbas y los árboles, hermanos,
Sólo os conocen á vosotros; dicen
Músicas dulces que ninguno entiende
Sino vosotros mismos; es *el huerto*
Colocado del monte en la ladera
Por vuestra propia mano: una tras otra

UNIVERSIDAD DE MILANO
BIBLIOTECA UNIV.
ALFONSO X
4060. 1625 MONTERREY

Vuestras buenas acciones lo preparan
Y lo llenan de luz vuestras virtudes;
Nadie en él pone mano, sólo es vuestro,
Porque sólo vosotros habéis dado
Riego á sus flores, aves á sus nidos
Y ocupación al viento que lo mueve
Con un murmullo dulce: en lo más quieto
Del reposado huerto y sobre el duro
Corazón de las rocas, como el cáliz
De una flor blanca, se levanta el agua
Que hace ameno aquel sitio—esta es la imagen
De vuestro propio espíritu; sentáos
Á orillas de la fuente y haced una
Vuestra voz interior y la del agua
Que corre sin cansancio.—

Cuando lejos

Del protegido huerto, por el mundo,
Disipéis vuestras fuerzas, no hará espuma
El tranquilo caudal sobre las rocas;
Se enjugarán los musgos y las flores
Desaparecerán de vuestro huerto.—
Es preciso buscarlo y encerraros
En su recinto, que protegen zarzas,
Y hacer la vida en él: que allí os sorprendan
Las mañanas alegres y las noches
De desconsuelo; que el amor y el odio,
La duda y la verdad, la lucha estéril
Y el fecundo silencio, no os arranquen
De aquel sitio de paz: cuidad las flores,
Amad el verde huerto de la vida
Sembrado por vosotros: que las rocas
De la fuente bendita os den ejemplo.

Y, al pie de ellas, serán vuestras entrañas
Como una fuente nueva y vuestra sangre
Como una agua mejor: vivid en medio
De vuestras flores y de vuestras hierbas
Sosteniendo su vida: alimentando
El tranquilo caudal de vuestra fuente.
—Y mientras, como un mar, se estrelle el
[mundo

Contra las zarzas del cercado ameno,
Moved el aire manso, con el peso
De vuestras deleitosas oraciones
Á la Serenidad!—

VI

Hombres amigos!

—Y haced que brote, ya encontrado el sitio
De vuestra placidez sobre la tierra,
La *Generosidad* de vuestro pecho.—

Sed como el Sol que de su gloria misma
Hace la gloria de las cosas: nada
Os costará dar luz á los que os cercan
Si vuestras propias almas resplandecen.—
¡Alabanzas, sin fin, á los jardines
Llenos de rosas, que escalando el muro
Lo cubren de hermosura y todavía
Tienen perfume y ramas y corolas
Para magnificar el huerto próximo
Y embalsamar el aire del camino!
Sed como el hondo manantial, ocultos
Mantenedores y dichosos padres

De la verde fresca de los sotos!
Haced un halo blanco de alegrías
En torno vuestro, vayan donde vayan
Vuestros pies venturosos!

—Años y años

Poned amigos, en la gran faena
De vuestra perfección: son días santos
Los terminados en hacer el fuego
Dentro de nuestras almas: es preciso
Aprovechar la leña de los árboles
Que han quedado sin vida en torno nuestro
Y hacer el sacrificio de los ídolos
Que en nuestro hogar adornan los rincones!
Son días laboriosos los que pasan
Mientras el fuego prende en el espíritu!
No escatiméis sarmientos! Afeciones,
Vicios, amores, simpatías, hábitos,
Todo es cebo fecundo, cuando todo
Deja de sernos útil.—Haced fuego!
Crezca la hoguera! muévanse las llamas
Llevadas por el viento á todas partes!
Pronto recibiréis la recompensa.—
Vendrán, haciendo corro en torno vuestro,
Los que mueren de frío y vuestro espíritu
Será la hoguera donde cobren fuerzas.—
Vuestra palabra encenderá en sus almas
Auroras boreales de consuelo;
Vuestra mirada bajará á su pecho
Como una estrella de bonanza; el fuego
De vuestra perfección dejará enjutas
Sus ropas combatidas de las olas.

Después de engrandeceros á vosotros

Recogéreis el sol y los mortales
Á vuestros pies sentados tendrán sombra
Llena de un buen calor y de luz tibia.

VII

Y á todos estos actos de la vida
Daréis *Belleza*.—

Buscaréis en todo
Lo menos accesorio; de las cosas
Escucharéis la voz menos distinta;
De las mujeres amaréis el trazo
Menos vulgar; procuraréis que siempre
Os cerque un equilibrio luminoso
De todo lo que existe.—

Pondréis flores

En los jarros de todos los altares,
Y calmaréis, con dulce complacencia,
Los deseos de todo lo que os cerca.
Iréis al manantial en busca de agua
Y con el agua acudiréis al vaso.—
Viviréis de tal modo, que no quede
Nada pendiente entre vosotros mismos
Y las cosas del mundo: vuestra vida
Será tal, que no se haga necesario
Quitárosla por fuerza; más bien sea
Como corteza de árbol centenario
Que salta consumida por sí sola.

Ocupadla y llenadla por completo
Y os será provechosa; de los ríos
No estorba el agua que contiene el cauce,
Sino la que en los márgenes desborda.
Dad un cauce completo á vuestra vida
Y aprovechadla toda: así tan sólo
Podréis hacerla bella; cuando nada
Quede sin expresión en su conjunto;
Cuando cualquiera de sus partes tenga
Un sentimiento vivo y todas juntas
Con armonía plácida se aunen;—
Cuando no os sobre un día de esa vida
Ni os falte un solo instante: cuando llenos
De una luz interior, esa luz misma
Salte por la corteza de la vida
Y la ilumine toda.

—
No es preciso

Hablaros más: uno tras otro, todos
Habéis ido callando, hermanos míos:
Quietos en torno del Lagar pequeño
Habéis estado oyendo la doctrina
Del inmenso Lagar:

La larga noche
Pasó en esta faena.—Ahora aparecen
Las verdes claridades del crepúsculo
Precediendo á la aurora, un aire frío
Despeja nuestras frentes y á la vaga
Naciente claridad, todos vosotros
Formáis un todo harmónico, se funden
Las masas, riman gestos y actitudes;

Desaparecen los colores: ¡salve,
Humanidad harmónica! Te abrazo
En la figura de esta muchachuela
Que me ha estado escuchando—sus dos labios
Blandos como la fruta, sus cabellos
Húmedos de rocío y en el cuello,
Debajo de la barba, el agradable
Calor que sube del movable seno.

DON VICENTE MEDINA

LA CANCIÓN DE LA VIDA

En el monte oloroso tapizado
De aromáticas yerbas
Y dominando el mar; sobre las rocas
Que las blancas espumas festonean;
Sobre los lechos blandos
De la menuda arena,
Las bulliciosas turbas
De los días de fiesta
Forman corros alegres
Y en soberana libertad meriendan.
Huyen de la ciudad... van como esclavos
Que rompen sus cadenas...
Huyen los abatidos
Que taciturnos la ciudad encierra...
Huyen como esas aves
Que hacia otros climas afanosas vuelan...
¡Van á arrojar en brazos de la angusta
Madre Naturaleza
Que acógelos á todos
Envanecida de su prole inmensa!...
Huyen de la ciudad... ríen y gozan...

Los baña el sol y el viento los orea...
Los fatigados cuerpos
Pronto recobran sus perdidas fuerzas.
En alborozos cándidos
Olvídanse las penas
Y son todos los hombres más apuestos
Y las mujeres son todas más bellas.
Forman corros alegres... ¡son familias!
Su libertad y su vivir celebran:
Comen, ríen y gozan,
Abren puesto al festín á quien se acerca
Y á los que pasan lejos
Lllaman á voces con jovial franqueza.
¡Familias venturosas
Que á la plácida vida se despiertan!...
¡Corros, alegres corros
Dispersos en el llano y en las peñas!...
Á la luz de los cielos que amorosa
Los acaricia y besa,
Y en medio de los campos que riénten
Á su invasión se entregan,
Parecen grandes flores...
¡Flores en todo su esplendor abiertas!
.....
.....
Radiante de alegría,
Corriendo tras su esposo placentera,
Grita una joven madre que en sus brazos
Un niño hermoso lleva:
—Mira! mira! Te dice papaíto!...
¡Pero no ves qué lengua?
Te dice papaíto! papaíto!...

Mi vida! mi ilusión! Bendito seas! —
Y en efusivo arranque,
Loca á su pecho con pasión lo aprieta
¡Comiéndoselo á besos
En su ternura maternal, deshecha!
.....
Con el sano apetito
De saludables hembras,
Las soñadoras vírgenes
Comen y rien con la boca llena...
Comen, aman y rien,
Se persiguen gritando, cantan, juegan...
Rojas están del sol y de alegría...
¡Las amapolas son de la pradera!...
Atraídos los hombres
Por la alegría y el amor, las cercan,
Las arrullan amantes... ¡y al oído
De las vírgenes llega,
Como secreto aviso de ignorados
Placeres que se esperan,
La anunciación sagrada de la vida
Á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!
.....
Y todos alborotan, todos cantan...
¡Es la bandada suelta!...
Y entre el rumor alegre de los corros
Dispersos en el llano y en las peñas,
Apagando la nota persistente
De las humanas quejas,
¡La canción de la vida, en un suspiro
De conquistada libertad, se eleva!
.....

¡Bendígaos Dios, familias!... Con vosotros
Eternamente la ventura sea!
Apuestos hombres, bulliciosos niños,
Madres de amplias caderas
Y encantadoras vírgenes, tesoros
De vida y de promesas:
¡Reid, gozad, amáos
En perdurable fiesta!...
¡Corros, salud! ¡Salud, esplendorosas
Flores humanas á la vida abiertas!...

DON RICARDO DE LA VEGA

LA DEFENSA DEL SAINETE

A D. Armando Palacio Valdés.

Señor don Armando Palacio Valdés.
Os pido dispensa señor don Armando
Si en pró del sainete la pluma tomando,
Prefiérolo al género bufo francés.

Aparte dejando mezquino interés,
Yo admiro en la chula la antigua manola.
¿Deshonro por esto la escena española,
Señor don Armando Palacio Valdés?

Me duele, señor don Armando, que vos
A lo madrileño flamenco llaméis.
Señor de Palacio, sin duda no véis
Que son muy distintos entrambos á dos.

Si de lo flamenco marchamos en pos,
Al Perchel iremos, mas no á las Vistillas;
Que nunca el flamenco nació en Maravillas,
Donde se venera la Cara de Dios.

Algunos afirman que es grano de anís,
Que hay poca distancia de chulo á gitano,

Y llaman gallego al que es asturiano,
Y mezclan á Vigo con Cangas de Onís.
Quede, pues, sentado, si lo permitis,
Que así como el galgo jamás fué podenco,
El hombre del Rastro no es nunca flamenco,
Por no ser oriundos del mismo país.

Si sale á las tablas un noble Marqués
O un hombre ilustrado de la clase media
Cual protagonistas de drama ó comedia
Y el pueblo los juzga y aplaude después,
¿Por qué los que viven allá en Lavapiés
No han de ser objeto de examen profundo?
¿No son de una clase que vive en el mundo,
Señor don Armando Palacio Valdés?

De la decadencia del arte español
Los criticos echan la culpa al sainete,
Y hasta á compararle llegó algún pobrete
Con las pantomimas del Circo de Pol.

Si nace el sainete de tosco crisol
No debe por ello causar pesadumbres;
Que si es fiel retrato de bajas costumbres,
Bien puede en la escena brillar como el sol.

De la alta comedia derivado es;
No entiende Talía de clases sociales;
Para ella en su templo son todos iguales,
Así la tragedia como el entremés.

Con datos espero probaros después
Que tiene el sainete su noble abolengo,
Y si esto resulta, ¿yo qué culpa tengo
Señor don Armando Palacio Valdés?

Laberio el romano, poeta y actor,
De *farsas* y *mimos* la escena llenaba,

Y el pueblo reía y el César gozaba
Mirando al esclavo con risa y dolor.

La vara tocóle del alto Pretor;
Al golpe saltaron sus viles cadenas;
La sangre del libre corrió por sus venas
Y el cómico siervo fué noble y señor.

Sainetes existen de aquel colosal
Autor que nos dijo—*la vida es un sueño*.—
En ellos, sin duda, bebió con empeño
Un ilustre vate de fama inmortal. [mal?

¿Pensáis, don Armando, que aquello fué un
Pues no en decadencia las musas se hallaban,
Que cinco luceros la escena alumbraban,
Y hoy brilla lo mismo su luz sin igual.

Cien obras el pueblo gozoso aplaudió
Del gran sainetero Ramón de la Cruz;
De aquel que sin ropa, sin cama y sin luz,
La casa de Tócame-Roque escribió.

¡Oh, cuán satisfecho mostrárame yo
Si al pobre sainete, por vos despreciado,
La crítica injusta que lo ha calumniado
Volviérale al puesto que siempre ocupó!

Lo que antes he dicho repítolo, pues,
En estos renglones que van sin aliño:
A chulas y chulos les tengo cariño
Aparte dejando mezquino interés.

Basta de sainete, basta de entremés;
Aquí se concluye mi humilde defensa,
La epístola cierro y os pido dispensa,
Señor don Armando Palacio Valdés.

DON JAVIER DE BURGOS

SERMÓN... PERDIDO

Con motivo de una gran
Festividad religiosa,
En la iglesia de Espinosa
Predicaba fray Damián.

Y atento el concurso oía
Todo, con unción cristiana,
Menos una pobre anciana
Setentona que dormía.

De su plática en el curso,
Tras un párrafo elocuente,
Pierde el padre de repente
El hilo de su discurso.

Y con voz descomunal
Exclama alzando las manos:
¡El que ahora no me oiga, hermanos,
Está en pecado mortal!

Con gestos y contorsiones
Sigue en mímica el sermón;
Alármase la reunión
Se oyen mil exclamaciones,

Y aquel auditorio loco
De terror y desvario,
Empieza á decir:—Dios mío,
Yo no oigo!—¡Ni yo tampoco!
En su recurso no ceja
Fray Damián; los fieles lloran,
Se desesperan, imploran...
Despierta el ruido á la vieja;
Y, sin entender el coro
Que á Dios pide con afán,
Cual si oyera á fray Damián,
Dice: *¡Qué piquito de oro!*

TELEGRAMA

Murió doña Nicanora
Gil, señora respetable,
Pero tipo inaguantable
De sempiterna habladora.
Y el yerno inmediatamente,
Dando cuenta á unos amigos,
De sus desdichas testigos,
Les puso el parte siguiente:
«Comunico con profundo
Dolor, trance inesperado.
Hoy á la siete, *ha dejado*
De hablar mi suegra.
Facundo.

DON JOSÉ LÓPEZ SILVA

UN DÍA DE LLUVIA

Á mi distinguido amigo el doctor D. Víctor Cebrián.

—Monísima de mis ojos,
¿La tapo á usted?
—Muchas gracias.
Voy bien así.
—No lo creo.
—Pues como si fuera.
—Vaya,
No me niegue usted ese gusto,
Porque me da mucha lástima
Que se vaya usted mojando
Teniendo yo aquí un paraguas
Tan hermoso.
—¿De veritas?
—Palabra de honor.
—¡Qué gracia!
Es usted muy tuno.
—¿Mucho?
—Sí, señor.